

Segunda charla

QUE ES LA ALIANZA DE AMOR

Queremos adentrarnos en el mundo de la Alianza. Decíamos ayer que el secreto de la vida del P. Kantenich, de nuestro Fundador, radica en su alianza de amor con María. Esa alianza fue lo que le dio sentido a su vida, la riqueza de su vida; fue aquello que le dio el valor para emprender las cosas más increíbles en su fundación. Y esa Alianza queremos que también sea nuestra vida. Por eso el lema que la Familia de Schoenstatt ha escogido: "Tu Alianza, nuestra vida".

Quisiéramos tener nosotros también un secreto en el alma que nos permitiera mantener, como decía nuestro Padre, en todas las circunstancias, una gran paz y tranquilidad. Quisiéramos adueñarnos de ese secreto que nos permitiera mirar la vida con optimismo, que nos permitiera descansar en Dios y, a la vez, trabajar hasta agotarnos por su reino.

Daremos un nuevo paso en nuestra reflexión. Quisiéramos descubrir un poco más qué la Alianza, en qué consiste la Alianza de Amor.

Analogías de la alianza de amor

(o La alianza de amor y sus analogías)

¿En qué consiste la Alianza de Amor? Quisiera acercarme a ese mundo, en primer lugar partiendo de lo que nos dicen las palabras. Luego veremos en qué consiste la alianza apoyándonos en las analogías que tiene esta alianza, en el plano humano, natural. Después pasaremos a estudiar en concreto la alianza de amor con María en Schoenstatt.

Hablamos de una alianza y de una alianza de amor. Qué nos dicen las palabras. Es muy simple pero es bueno recordarlo. En primer lugar, *alianza* significa asociarse con otra persona, significa confederarse, significa unir fuerzas. Es decir, cuando hablamos de *alianza* pensamos en personas que unen sus corazones, que unen sus esfuerzos para realizar algo. Por ejemplo,

un pacto para defensa, un pacto para llevar a cabo una tarea determinada, una misión, etc. Se trata de unir, mancomunar personas y fuerzas, corazones y esfuerzos.

Pero la definición más específica la da el segundo término. Se trata de una alianza *de amor*. No es cualquier tipo de pacto, cualquier tipo de asociación. No se trata de unir fuerzas y confederarnos para emprender cualquier empresa, para realizar algo que tal vez puede redundar en nuestro propio lucro. Se trata aquí de algo mucho más profundo. Es una alianza de amor, un pacto de amor, un compromiso que nace del corazón y que se queda, de alguna manera, en el corazón. Es decir, se trata de un pacto que toca lo personal. Los otros pactos normalmente miran hacia lo extrínseco.

Cuando hablamos de una alianza de amor, pensamos en una alianza que nos enriquece personalmente. No es algo externo a nosotros sino que es algo intrínseco, profundamente personal, que está marcado por todo ese sello del amor, que nos habla de libertad, de gratuidad, de bilateralidad. Es un alianza de amor.

Esto es lo que nos dicen las palabras.

¿Qué nos dicen las *analogías*? Para desentrañar el contenido de la relación con Dios, podemos partir desde abajo hacia arriba, o desde arriba hacia abajo.. Podemos descubrir qué es o cómo tiene que ser nuestra relación con Dios partiendo de lo que vemos en el plano humano y, desde aquí, poco a poco, vamos ascendiendo hasta él. O al revés: podemos tomar la Biblia y desde la Revelación divina bajar, descender al plano humano y descubrir cómo tiene que ser nuestra relación con Dios.

Cuando hablamos de analogías, partimos desde abajo hacia arriba. Este es el camino más claro, más seguro, más asequible a nosotros. Porque todo lo que conocemos de Dios lo conocemos a través de lo humano. No podemos hablar de Dios saliéndonos de nuestro mundo. Si decimos algo de Dios es porque lo hemos visto, lo hemos encontrado reflejado en el plano humano. Si decimos, por ejemplo, que Dios es poderoso, esa imagen de poder la tenemos de nuestra experiencia en el plano humano. Si decimos que Dios es bondadoso, que tiene un corazón de misericordia, sólo lo podemos sentir, captar, si en el plano humano hemos

experimentado la bondad, la misericordia. De lo contrario, no lo entendemos, no lo captamos. Si nos dicen que Dios es Luz, y supongamos que somos ciegos, no podemos entender lo que nos quieren decir con esa afirmación. Solamente si hemos podido ver, sentir la luz, podremos imaginarnos que Dios es Luz. En todo es así, porque, en el fondo, como dice nuestro Padre, las cosas son expresión, son huellas, son un reflejo de Dios, son un camino hacia él. Y por eso, las cosas nos aseguran el conocimiento de Dios y la vivencia de Dios.

Por lo tanto, con este presupuesto, ¿qué nos permite a nosotros imaginarnos más vivencialmente la Alianza de Amor? Tres experiencias: la relación de amistad, la relación esponsal y la relación paterno-filial.

1. La alianza de amor y su analogía con la amistad

Si nosotros meditamos un poco qué es la amistad, tendremos un escalón, un paradigma para descubrir más vivencialmente lo que es la Alianza de Amor. Porque la Alianza de Amor tiene mucho de amistad.

¿Qué es la amistad? ¿En qué consiste?

Cada uno de nosotros ha tenido esa experiencia de amistad. Se dice que el tesoro más grande que existe es un amigo verdadero. ¡Y qué cierto es esto! ¡Qué riqueza más grande es cuando hemos encontrado a alguien que de verdad podamos llamar amigo, con quien tenemos la seguridad de contar siempre y que, a la vez, él también puede contar con nosotros! ¡Qué hermoso es encontrar a alguien de quien estamos seguros que nos será leal, que nos será siempre fiel!

Lain Entralgo, un pensador y filósofo español, define la amistad en forma muy hermosa, más o menos de la siguiente manera: "La amistad es una especie de mezcla de *benevolencia*, de *beneficencia* y de *confidencia*".

En primer lugar, la amistad es un misterio que, de alguna manera, envuelve *benevolencia*, esa especie de empatía que uno siente ante alguien; ese querer bien, esa cercanía del corazón o sintonía con otra persona. Yo quiero el bien para esa persona.

En segundo lugar, la amistad no sólo quiere el bien para esa persona amiga. Ese querer no solamente queda en el corazón sino que tiende a expresarse en un servicio, en un agradar al otro.

Y, por último, como fruto y coronación de esa benevolencia y de esa beneficencia, se da la confianza. El poder vaciar el corazón en el otro. ¡Qué grande es tener a alguien en quien poder reposar, ante quien no tenemos que defendernos, no tenemos que cuidarnos, sino que podemos ser lo que somos, sin máscaras, sin jugar ningún papel especial. Estamos seguros que esa persona nos recibe y nos acoge tal cual somos, nos quiere así.

Entralgo continúa su definición diciendo: "La amistad consiste en dejar que el otro sea quien es y en ayudarlo cuidadosamente, respetuosamente a que llegue a ser aquello que debería ser". Es decir, amistad significa dejar que el otro exista tal como es, quererlo en lo que es. En la amistad, en la verdadera amistad, no hay ninguna voluntad de manipular al otro, de cambiar al otro. Pero sí hay una clarividencia. Esto no significa que no veamos al otro en su realidad, y que veamos en esa realidad muchas cosas que están mal y que habría que cambiar, que educar, que desarrollar. Pero la amistad tiene esa facultad de hacer que el otro crezca, que se desarrolle, que cambie, pero con mucho respeto, con mucho cuidado, sin herir. ¡Cuánto de eso tiene la alianza de amor!

Los antiguos definían la amistad diciendo: "En esto consiste la verdadera amistad, en querer y rechazar las mismas cosas". Es una definición clásica de la amistad. Querer lo mismo. Los amigos siempre se unen en querer lo mismo y en rechazar también lo mismo. La amistad es una especie de semejanza, a veces incluso en las formas exteriores. Cuando dos personas son amigos, andan siempre juntos, quieren lo mismo, tienen los mismos gustos, los mismos planes. Eso da una semejanza.

El amor, la amistad, asemeja, acerca. Querer lo mismo y rechazar lo mismo. La amistad nace de una semejanza y de una diferencia. Es decir, no pueden ser amigos personas que son enteramente diferentes. De alguna manera, tiene que haber un puente, una semejanza. Pero también hay una desemejanza de la cual brota la amistad, que se expresa en una atracción

mutua, en una voluntad para complementarse, para dejarse complementar por el otro. Así nace la amistad.

¿Cómo crece la amistad? La amistad crece en el contacto, en el diálogo. Si dos amigos nunca conversaran, se irían separando, su relación se iría enfriando. Los amigos tienen que estar, de alguna u otra manera, en contacto; tienen que aprender a dialogar. Y a dialogar de muchas formas, con muchas palabras, y, a veces, con muy pocas palabras, a veces simplemente con gestos. Hay un lenguaje que pone en contacto a los amigos, pero ese lenguaje tiene que estar vivo.

Hay algo más que hace crecer la amistad. El sacrificio, la prueba, la capacidad de sacrificarse por ese amigo, por ese tú. Cuando alguien no ha demostrado, de una u otra manera, que es capaz de renunciar a sí mismo, a sus gustos, a su propio provecho, por su amigo, no sabemos todavía si es verdaderamente amigo, si hay verdaderamente amistad.

En tercer lugar, la amistad crece en la prueba. Es entonces que se sabe si alguien es verdaderamente amigo. La amistad se da en las buenas y en las malas, pero se prueba especialmente en las malas. Es ahí donde empieza a actuar el colador, donde van quedando los verdaderos amigos. Y normalmente, queda uno solo.

En la amistad hay un misterio. Así crece, así es, así también se consolida y se proyecta la amistad.

La amistad verdadera nunca encierra a la persona. Quizás en ciertos períodos puede suceder, pero es algo natural. Cuando dos personas desarrollan una amistad que rechaza a los otros amigos del amigo, no es verdadera amistad, sino que es un egoísmo. El afán de acaparar al otro, de tenerlo siempre consigo y para sí, es simplemente egoísmo. No es benevolencia, no es beneficencia, no es confianza. No es darse en el fondo. La amistad se proyecta hacia el otro, regala su riqueza interior al otro.

¿Se dan cuenta que cuando recurrimos a estas vivencias que cada uno de nosotros ha tenido en el plano natural, inmediatamente la alianza de amor se empieza a hacer más viva? ¡Qué grande es poder tener nuestro hogar, nuestra tienda, nuestro lugar de reposo, en el corazón de

María; vivir en ella y que ella viva en nosotros! ¡Qué hermoso es tener como Confidente, a alguien que siempre nos escuchará, que nunca nos rechazará aunque hayamos hecho cualquier cosa, aunque hayamos cometido cualquier error! Ella siempre estará, de una u otra forma, prejuiciada a nuestro favor. ¡Qué grande es saber que hay alguien que nos comprende y que también sabe exigirnos; que su amor no es un amor que nos mimra únicamente sino que también nos exige, precisamente porque nos ama! ¡Y como nos ama mucho, también nos exigirá mucho!

Nuestra alianza de amor crece en la medida en que hay contacto con María, en la medida en que aprendemos a dialogar con ella, en la medida en que desarrollamos un lenguaje en el cual nos entendemos ambos. En la alianza de amor con María cada uno de nosotros tendrá un lenguaje distinto para entenderse, para dialogar con ella.

Y cuando llega la hora de la prueba, la hora de la renuncia, de la cruz, ¿cómo crece nuestro amor? ¿Cómo crece nuestra amistad con María cuando se proyecta hacia los demás, cuando se trata de construir un mundo juntos?

Aquí pasamos a la *segunda analogía*.

2. La alianza de amor y la relación esponsal

La otra relación que nos da a conocer el misterio de la Alianza de Amor es la relación esponsal, la relación matrimonial. La relación esponsal tiene algo que va más allá de una amistad. Por de pronto, es una amistad, pero es una amistad que tiene algo más. Hay una pertenencia mutua, única. Hay una entrega del uno al otro, una pertenencia total, una entrega en cuerpo y alma del uno al otro, para siempre. Podríamos decir que la relación esponsal, matrimonial, es una consagración mutua, del uno al otro.

La relación esponsal, el amor de esposo y esposa, de marido y mujer, nos lleva a conocer cómo ama Cristo a su Iglesia. Es la analogía que usa san Pablo. ¿Cómo ama un marido a su esposa? Como Cristo ama a su Iglesia. ¿Cómo ama Cristo a su Iglesia? Como el marido ama a su esposa. ¿Qué es el matrimonio? Es la entrega de amor, total, indivisa, libre, eminentemente libre, de una persona a otra, de un hombre a una mujer, que tiene como fin el enriquecimiento

mutuo, el amor mutuo. Y la plenitud de esa relación de amor está en que pasan a ser un solo ser, se fusionan en un solo corazón. Y ese amor se hace fecundo, se proyecta en un tercero que es el hijo. Es una entrega de amor fecundo.

En la relación esponsal dos personas se entregan libremente y para siempre, se regalan en fidelidad. Una consagración del uno al otro.

¿Se dan cuenta que en la alianza de amor hay mucho de esto? Si recorremos un poco el Antiguo Testamento, podremos ver cuántas veces se recurre a esta analogía para describir la historia de alianza entre Dios y el hombre.

Vamos a leer un texto del profeta Oseas. Oseas usa esta analogía de modo muy especial y pone en boca de Dios lo siguiente:

"Yo te desposaré conmigo para siempre. -(En el desposorio está siempre presente la voluntad de eternidad del amor del hombre)-. Te desposaré conmigo en justicia y en equidad, en amor y compasión. Te desposaré conmigo en fidelidad y tú conocerás a Yahvé".

Es decir, porque yo me uno a ti, tal como se une un esposo a su esposa, porque yo te elijo a ti y me desposo contigo en la fidelidad, por eso tú vas a llegar a saber quién soy yo, cómo soy yo. Porque sólo el amor es capaz de un conocimiento en profundidad.

Hay muchos otros lugares donde se habla de este amor. Es interesante ver , como contraposición a esta alianza esponsal entre Yahvé y su pueblo, la realidad de la prostitución de Israel, de esa esposa fiel, de esa virgen que no supo ser fiel a Yahvé, su esposo.

"Yo conozco a Efraín e Israel no se me oculta. Si tú te has prostituido, Efraín, e Israel se ha mancillado, no les permiten sus obras volver a su Dios, pues espíritu de prostitución hay dentro de ellos y no conocen a Yahvé".

Así como hay un espíritu de alianza, hay también un espíritu de prostitución.

Después pueden leer ustedes todo lo que el profeta Oseas dice al respecto, y también todo el Antiguo Testamento en general.

3. La alianza de amor y la relación paterno-filial

Hay una tercera analogía de la alianza de amor: la analogía del amor que se da en la relación paterno filial.

De la analogía del desposorio, podemos deducir y aplicar a la alianza de amor con María esa categoría del amor esponsal. Podemos decir, entonces, que la alianza es un pacto de amor entre dos personas que se entregan mutuamente para siempre y cuya riqueza está precisamente en esa pertenencia o consagración mutua del uno al otro. Estar juntos siempre y juntos proyectarse en una obra. Lo hermoso de dos esposos es que construyen un mundo juntos, enfrentan la vida juntos, se hacen responsables el uno del otro, de su existencia, de todo lo suyo. Por de pronto, de la propia familia, de sus hijos. Ellos son, de alguna manera, dueños de esas vidas, pero dueños para cuidar esa vida, para hacer crecer esa vida, para darse y para dedicarse a esa hermosa tarea de constituir una familia, de ver crecer a un hijo, de verse retratados, prolongados en ese hijo. La unión esponsal nos habla de un pacto mayor que el que se da entre dos amigos. Es un pacto que lleva a jugarse entero por el otro y en todo. Y eso es la alianza de amor, así es la alianza de amor con María. Nos aventuramos a todo con ella; con ella somos capaces de emprender todo. Cuando en un verdadero matrimonio, como Dios manda, si quitamos el esposo a la esposa, o la esposa al esposo, veremos cómo se derrumba, cómo no tienen fuerzas para actuar. Qué hermoso es ver cómo vive el uno para el otro y en el otro; aunque estén haciendo cosas totalmente diferentes, exteriormente diferentes, lo están haciendo juntos. Y eso es alianza de amor, así se vive la alianza.

La alianza de amor, en tercer lugar, tiene mucho de la relación paterno-filial, materno-filial. ¿Cuál es la diferencia de la alianza filial? Es que no nace de la igualdad; hay una desigualdad básica, fundamental. En ella no simplemente dos voluntades se encuentran y constituyen una realidad, sino que ha habido uno que tomó la iniciativa de amar; uno amó primero, uno empezó a amar y ese amor produjo amor, produjo una respuesta de amor en el otro.

El amor del hijo siempre es después. El amor del padre y de la madre siempre es primero, incluso antes que el hijo nazca ya es amado, ya es querido. Antes que ese niño pueda pensar, conocer a alguien, ya fue inmensamente amado por sus padres. Y el hijo, ¿qué hace? Se da

cuenta, reconocer, responde, con mucha gratitud, con mucha intimidad, con mucha naturalidad, ese inmenso amor de sus padres. Y eso funda una relación, una relación paterno, materno-filial.

Cuando hay un amor verdadero de padres, ese amor es tan grande que el hijo lo percibe y, como respuesta, siempre quiere estar haciendo la voluntad del padre o de la madre, porque sabe que esa voluntad lo único que quiere es su bien. Por eso se entrega con tanta paz y tranquilidad. Podemos ver esto en la vida cotidiana, cuando hay un hogar bien constituido. Vemos que los niños viven tranquilos, que viven un mundo que, de alguna manera, es ideal; un pequeño paraíso, a pesar de todas las limitaciones y llantos que normalmente se dan. Hay algo por sobre todo, hay una atmósfera maravillosa; hay una paz tremenda en esos niños. Y hay un cariño increíble. Y cuando se ha tenido esta experiencia, después, al rezar, podremos decir verdaderamente: "en tu poder y en tu bondad creo y confío ciegamente". Esto sólo se puede rezar si se ha experimentado en el plano natural; cuando un niño ha podido descansar verdaderamente en sus padres y los ha experimentado como un verdadero poder de amor, de servicio, de enaltecimiento. Que uno pueda rezar y decir: "Señor, toda mi vida es tuya, haz lo que quieras conmigo, tú dispone de mí" solamente puede ser dicho con el corazón cuando se ha tenido la experiencia en el plano natural.

Hay mucho que escudriñar, una riqueza inmensa que descubrir para ir acercándonos al misterio de la alianza de amor en forma mucho más natural, para ir ascendiendo hacia ella en forma mucha más natural.

La alianza de amor con María tiene mucho de amistad, tiene mucho de la relación esponsal, pero sobre todo tiene mucho de la relación filial. Es lo básico. La realidad de nuestra relación a María es una relación materno-filial en la cual desarrollamos una íntima amistad con la Mater. Y la desarrollamos también como personas libres y adultas.

El P. Kentenich siempre ha querido destacar la relación filial en la alianza de amor con María. El dice que nuestra alianza de amor es siempre un alianza filial. ¿Por qué? Porque se funda en esta realidad: ella es mi madre, ante todo ella es mi madre. Y de ahí parte toda la relación de mi amor hacia ella. Ante todo ella me ama, ella me amó primero. Por eso es tan errado cuando

una persona quiere estar "preparada" para la Alianza de Amor, cuando quiere merecer sellar la alianza de amor. La alianza de amor es un regalo. Así como el niño no "merece" su existencia, sino que le es dada, su vida es un don, un regalo, así también la alianza de amor es un regalo, es un hecho: María, la Mater, ella me ama, ya está en alianza de amor conmigo. Y lo único que yo hago es reconocer, es abrirme a ese amor, es asumirlo libremente. Nunca lo mereceré, nunca estaré a la altura de la Mater. ¡Y qué fantástico, qué maravilloso es eso, porque yo sé que toda su riqueza maternal me pertenece y me pertenece sin condiciones! El P. Kentenich dice muchas veces lo siguiente: "no porque yo sea bueno, no porque yo me porte bien, sino simplemente porque yo soy su hijo, porque el Padre Dios es mi papá"...

Esta realidad, este convencimiento, deja fuera todas esas tendencias nuestras, que a veces son un poco farisaicas, de querer estar siempre de punta en blanco ante María, o de creer que ella nos ama y está en alianza con nosotros porque nos hemos portado bien. Muchas veces se da que la profundidad de la alianza es mucho más honda cuando nos hemos portado mal. Cuando un hijo confiesa a su papá lo malo que ha hecho, lo mal que se ha portado, se produce una unión mucho más honda, que si ese niño se hubiera portado bien. Yo creo que eso lo saben sobre todo los papás y mamás. Lo sabemos nosotros, como sacerdotes, por la experiencia de la confesión. Uno quiere mucho más a una persona no por lo bien que se haya portado sino por lo filial que es, porque se abre como un niño, porque en ese arrepentimiento, en ese acercarse, uno encuentra de nuevo a toda la persona y le pertenece mucho más. Uno da mucho más alegría a Dios cuando se ha portado mal y lo ha reconocido.

El hijo pródigo le dio problemas a su padre, pero le dio mucho más alegría que el hijo mayor que siempre se portó bien. Hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos. ¡Y qué hermoso es saber que alguien nos ama así, sin condiciones, que está prejuiciado a nuestro favor, que siempre va a pensar bien de nosotros, que no ve lo exterior sino que mira el corazón, como el Señor, el interior del hombre y que siempre confiará en nosotros como un verdadero papá y una verdadera mamá confían en su hijo. ¡Qué mal hacen los padres que no dan responsabilidades a sus hijos! Les están diciendo: yo no creo en ti, tú no eres capaz de que se te confíe algo. Y qué hermoso es ver cuando los papás, ya dan responsabilidades a sus hijos desde niños! Les están demostrando que creen en ellos, que

esperan en ellos, y si se caen y no realizan algo, no importa, lo apoyan, lo tiran para arriba y no le dicen simplemente: tú no eres capaz de nada...

María goza en darnos tareas, y grandes tareas. Nos sentimos incapaces, inmensamente débiles frente a ellas, pero contamos también con ella y contamos con ella ciento por ciento.

El mundo de la alianza de amor es lo único que nos llena el corazón. Pensemos en el plano humano: ¿qué es lo que llena el corazón? ¿Lo llenan las riquezas? ¡Cuánta gente rica hay que es infeliz, porque no tienen la dicha de tener un amigo, de tener un hogar como Dios manda! Nunca tuvieron un verdadero papá, una verdadera mamá. ¿Qué llena el corazón del hombre? ¿La riqueza? Ciertamente no, y nosotros somos a veces tan ciegos que creemos que si tenemos riqueza, todos los problemas se nos van a solucionar. La riqueza no llena el corazón; muchas veces, la mayoría de las veces, lo empobrece. No siempre, pero muchas veces. Y ése es el testimonio del Señor en el Evangelio cuando dice: "¡Ay de ustedes, los ricos!". ¿Por qué? Porque ustedes no saben amar. Ustedes son autosuficientes. Ustedes no saben lo que es abrirse y dejarse enriquecer por otro. No saben lo lindo que es "perder", dejarse "domesticar", como decía el Principito. Dejarse domesticar por otro. Ni la riqueza, ni la fama ni el poder llena el corazón del hombre. El mismo Saint Exupery dice en su obra El Principito: "La amistad no se compra en los supermercados". ¡Cuánta gente tiene todo, sobreabundan, son super desarrollados y, sin embargo, ¡qué increíble vacío interior tienen!

En el contexto de este mundo de la alianza tocamos la fibra más importante de nuestro ser. Hay una sola cosa que nos plenifica: es amar y ser amado. Hay una sola cosa que cuenta, que vale: amar y ser amado. Es lo único que importa en definitiva. Y nuestra vida será medida por eso. Nuestra felicidad y plenitud radica allí, en el amor. Y nada más que en el amor. Si no amo, dirá san Pablo, soy como una campana hueca, no sirvo para nada; puedo hacer maravillas, puedo hacer una cantidad enorme de cosas, de empresas, pero si no amo, no soy nada. El amor es todo, el amor es lo único que permanece.

Cuando Schoenstatt nos llama a centrarnos en la alianza de amor, nos está abriendo de par en par el camino hacia nuestra única felicidad que es el amor. Dios es Amor. ¡Qué hermoso es todo este mundo y qué importante es darse cuenta de ello en un mundo en que este organismo

del amor, como lo llama el P. Kentenich, está destruido, carcomido. ¿Dónde se da el amor de una verdadera amistad hoy día? ¿Dónde está el amor matrimonial, la relación de amor entre padre e hijo? Si miramos este lado oscuro de nuestro mundo, entenderemos por qué a veces es difícil captar el mundo de la alianza de amor. Porque no tenemos el órgano para el amor. No hemos vivenciado un hogar bien constituido muchas veces. ¡Qué pocas personas han tenido y tienen un hogar como Dios manda! El P. Kentenich dice que somos fakires en el arte de amar. Somos fakires, somos duros, nos cuesta darnos, nos ponemos caretas, nos defendemos. ¡Qué poco espontáneos somos en el dar y en el recibir amor! Somos hijos de nuestro tiempo. Y Schoenstatt quiere curar esta llaga de nuestra época, porque es más importante que no haya pan, que no haya casa, que el que no haya amor, lealtad, amistad; que no haya una sonrisa que alegre la vida, que no haya confianza del uno en el otro.

Es en este plano que estamos desguarnecidos. ¡Qué frágil y qué corrompido es el mundo de cálidas relaciones personales! ¡Qué superficiales somos, cuánto sentimentalismo barato, enfermizo, hay en el mundo de la amistad, en el mundo del amor conyugal, en el mundo de la relación entre padres e hijos! ¡Cuánto sentimentalismo, cuánta susceptibilidad, cuántos resentimientos, cuánto egoísmo, cuánto afán de dominar al otro, cuánta incapacidad para ser uno mismo! Tenemos aquí un mundo inmenso para analizar y para sanar.

El P. Kentenich dice que queremos saciar la sed de amor que padece el mundo, que padece el hombre, que padece nuestra familia, que padece nuestro ambiente de trabajo. Queremos saciar la sed de amor que padece el mundo, querer sanar esa herida. Y eso lo queremos hacer en el corazón de María, en la medida en que aprendamos a amar, simple y cálidamente como un niño pequeño, a María, y en la medida en que ese amor se proyecte entre nosotros y podamos ser una pequeña luz, luego una gran luz que brille en medio de las tinieblas.